



IV JORNADAS INTER-ASOCIACIONES

Ponente: Mons. Juan-Miguel Ferrer Grenesche

Ponencia: *Eucaristía, fuente de fraternidad*

Fecha: 26 noviembre 2023

Dentro de unos días tendré la oportunidad de ofrecer en nuestros encuentros de formación de adoradores una conferencia con el título de “*Mirando hacia el Congreso Eucarístico de Quito 2024*”. Será como la continuación de lo que hoy os voy a exponer. A modo de introducción recordaré que, si vamos a hablar de Eucaristía y Fraternidad, es porque precisamente el lema del Congreso es éste: “*Fraternidad para sanar al mundo*” y, por lo tanto, está apuntando a un objetivo apostólico y de caridad que llega, por el amor misericordioso, al mundo de hoy. Por eso quiere ofrecer la Eucaristía y quiere mover a todos los cristianos a que vivamos de la Eucaristía para hacernos en favor del mundo, fuente a través de la Eucaristía de salvación. Y, ¿qué quiere decir aquí salud? Salvación integral, es decir, curación de todas las heridas del mundo, las del pecado que afectan al alma y, como consecuencia de esas heridas del pecado, las que le vienen al ser humano, toda una cascada de problemáticas negativas que le hacen sentir mermados, su felicidad, el sentido de su vida, su capacidad para relacionarse con el mundo y con los hermanos que le rodean.

Por lo tanto, es, pensando en ese objetivo del Congreso Eucarístico de Quito que vamos a afrontar cómo la Eucaristía puede ser considerada fuente de fraternidad. Desglosaremos, pues, en esta charla, con su contenido, la clave interior del lema y objetivo del Congreso de Quito. Y lo primero que tenemos que hacer es hablar de qué es esto de la fraternidad. La fraternidad tiene un sentido claro para nosotros cristianos y para lo que es la cultura cristiana. Pero no vivimos en un mundo cristiano, estamos rodeados de una sociedad que en algunos lugares sigue siendo pagana, que en otros sitios está marcada por otras visiones de la vida, religiosas y filosóficas. El mundo oriental marcado por el budismo y el hinduismo. El mundo occidental que luego se ha apartado de Dios y vive en la apostasía, en gran mayoría dominado por el relativismo. Y luego hay otros lugares donde perviven otras visiones relativistas muy distintas a la cristiana.

La cultura que nació con la Ilustración y que asumió este lema de la Revolución Francesa: “Liberté, Egalité, Fraternité”. (Hoy no se suele hablar mucho de fraternité). La realidad es que asumieron esa palabra. Pero ¿cuál es el significado que se le da al término fraternidad? Es como cuando nosotros hablamos de amor o de caridad; el término necesita una explicación. Si hablamos muy entre cristianos, sí se entiende, pero, en el momento en que hablas a la gente, en el momento que hablas con las personas de toda condición, hay que aclarar los términos, si no, estás queriendo decir una cosa y te están entendiendo otra totalmente distinta. Cuando nosotros decimos Caridad, piensan en limosnas, y cuando decimos Amor, ni qué decir lo que piensan.

Fraternidad tiene un origen, en primer lugar, natural. Se llama fraternidad al lazo que une a los consanguíneos por descendencia, es decir, a los que son hijos de unos mismos padres; a esos se les llama hermanos y, a la relación entre hermanos, fraternidad. Ése es un sentido natural del término. Y ahora, ¿qué es lo que ocurre con esto? Se supone que los que comparten la misma carne y la misma sangre tienen un vínculo, el vínculo natural que vemos hasta en los animales, a veces, al menos por un tiempo mientras son cachorros que los padres los protegen y entre los hermanitos juegan, se ayudan a desarrollarse y se protegen mutuamente. Entre los seres humanos, la relación normal sería que los que comparten lazos de sangre se ayudasen espontáneamente y buscasen el bien los unos de los otros,

también de una manera espontánea. ¡Ah! Pero ya vemos, nos lo revela la Biblia muy pronto, que el primer homicidio del que se habla en la escritura es un fratricidio. Caín mata a Abel.

¿Qué nos quiere decir la Biblia con esto? Que el pecado, porque ésta es la primera historia bíblica después de la narración de la transgresión del pecado original y de la expulsión del Paraíso de nuestros primeros padres, provoca que hasta las relaciones que se suponían más nobles, las de fraternidad, pueden corromperse y ahí tenemos ese caso prototípico que se nos pone, de la oposición de Caín a su hermano Abel, de la envidia de Caín a su hermano Abel. Dios le advierte en el pasaje bíblico, es tremendo, pues le dice Dios a Caín, cuidado con esos sentimientos que estás albergando en tu corazón, vas a terminar haciendo una barbaridad que te va a costar muy cara; y, a pesar de todo, Caín sigue en las suyas y termina asesinando a su hermano Abel. Esto qué quiere decir, que esa relación natural que se presupone en el concepto primero de fraternidad, no siempre significa que, porque hay fraternidad natural, hay relación de auténtica fraternidad. Se convierte, pues, la fraternidad, en un deseo, en una añoranza, que el pecado ha hecho muchas veces que no se cumpla, y lo vemos cada vez que hay una pelea por una herencia, por ejemplo, y tenemos a los que son hermanos y les une lazos de fraternidad humana natural que, por culpa de la envidia y la codicia, se convierte su fraternidad en una lucha horrible y, a veces, donde se desarrollan los odios más tremendos. Cuántas veces llegas a una comunidad, sobre todo en ambientes pequeños, y te encuentras con familias que no se hablan, porque, no se sabe desde qué generación, hubo un litigio por una cuestión, normalmente económica, de tierras, o de lo que sea, y ya no se hablan ni siquiera.

Es decir, que la fraternidad como concepto natural no da gran cosa de sí, porque no nos garantiza nada.

El cristianismo convirtió la fraternidad en un signo de redención, que quiere decir que, cuando Cristo viene, nos ofrece el acceso al perdón de los pecados, nos ofrece la restauración de las relaciones naturales según el proyecto de Dios, es decir, la superación del drama del pecado y de sus nefastas consecuencias que adulteran la relación entre los seres humanos con Dios, consigo mismos, con sus compañeros y con la naturaleza misma material. Por lo tanto, en el cristianismo empieza a convertirse la fraternidad en un don de la redención de Cristo. Y ahí es cuando entre los cristianos se establece como un ideal.

El Apóstol Pablo tiene páginas preciosas en las que nos hace caer en la cuenta de que Dios es nuestro Padre y nosotros somos hermanos. Y, en el mismo Evangelio, Jesús nos insiste que esta relación entre nosotros, sus discípulos, ha de ser normal.

Esto lleva a que, en las etapas de la historia de la Iglesia, cada vez que se ha querido hacer una renovación, una purificación de la vida de la Iglesia, el valor de la fraternidad se ha puesto en evidencia. Es muy significativo, en la Edad Media, cuando nacen las órdenes religiosas que llamamos mendicantes, con ese espíritu reformista, de renovar y fortalecer la vida de santidad en la Iglesia, la palabra clave es “hermano”. Y, de hecho, esos religiosos ya no se llaman entre ellos Señor, “Dóminus”, sino que se llaman hermanos y son frailes, frates, y establecen fraternidades. Y el movimiento de reforma eclesial que suscitan, los mendicantes, en la Edad Media lleva a la creación de las hermandades y confraternidades.

Es el espíritu cristiano de fraternidad que se extiende, y nos lleva a que volvamos a a poder ser hermanos, pero ya no solo por los vínculos de la sangre y de la carne, sino entre todos los que tenemos ese vínculo maravilloso que es la redención de Cristo y el estar alimentados por el Cuerpo y por la Sangre del Señor, que establece entre nosotros una nueva fraternidad, un nuevo vínculo de hermandad. No obstante, seguimos siendo pecadores, y en la Iglesia, ¡cuántas veces!, en lugar de esta relación de fraternidad hemos tenido relaciones de dominio, de enfrentamiento, de luchas internas;

pero el ideal es aquel que se nos ha marcado en el Evangelio y que todas las generaciones de cristianos que han querido vivir la autenticidad del mensaje de Cristo han vuelto a recordar y a reclamar.

Es curioso que cuando en la época de la Ilustración se pretende romper con el pasado cristino de la sociedad, para instaurar una nueva sociedad libre de los vínculos y obligaciones de la religión, porque se quiere liberar de las ataduras de lo que era el régimen político de las monarquías absolutas, se quiere liberar el mundo de la economía y del trabajo del sistema económico que dominaba, que estaba inspirado también en esos principios jerárquicos y no dejaban mucho campo a la libertad del comercio y a las libertades económicas y se quiere llegar también a romper con la sociedad jerárquica para establecer una sociedad democrática, se expresan esos valores de igualdad entre los hombres con el término “fraternidad”.

De alguna manera, la Ilustración seculariza la fraternidad cristiana, es decir, adoptan la fraternidad cristiana, que es un concepto de vuelta a la pureza y que quiere establecer un vínculo común entre todos los hombres, todos iguales y todos cooperando. Hay un idealismo y una cierta utopía al decir que si abrazamos estos criterios de libertad. Aquí todos vamos a ser verdaderamente hermanos y a colaborar todos en pie de igualdad. Hay un concepto cristiano de fraternidad y esta actitud de los ilustrados muestra que les atrae y les seduce ese ideal, que el cristianismo planteó, en cuanto a su resultado, en cuanto a lo que es establecer una sociedad libre de ataduras, con igualdad entre todos sus miembros.

Lo que ocurre es que el camino por el que ellos pretenden conseguir esta igualdad es un camino puramente natural y humano que prescinde de lo que es la redención de Cristo y por lo tanto su utopía se hace inviable.

Es decir, como sigas los pasos de Rousseau y plantees una vida humana y una educación y una sociedad, ignorando el pecado original e ignorando la realidad del pecado, no vas a conseguir nunca esa fraternidad que se idealiza.

Hoy en día cuando hablamos de fraternidad tenemos que aclarar cuál es el concepto que nosotros tenemos de dicha fraternidad, si llegamos al concepto genuinamente cristiano de fraternidad, vemos que es el único que de verdad nos devuelve a esa fraternidad querida por Dios, desde la creación del ser humano. Hemos de ver esta fraternidad como un Don y una vocación. Es decir: Don, porque comprendemos que restablecer la fraternidad humana superando el drama del pecado, tiene que ser un Don de Dios, que ya se nos ha ofrecido en Jesucristo y en su Misterio Pascual: en su muerte y resurrección para redimirnos. Es decir, la fraternidad, solo va a ser posible desde la perspectiva cristiana, desde la redención de Jesucristo aceptada y acogida con gratitud en el corazón. Por eso es un Don y una vocación. Dios nos ofrece recuperarle a Él como Padre y recuperar, gracias a eso, nuestra fraternidad; por eso esto se convierte para nosotros en una llamada, en una vocación y, como toda llamada y vocación cristiana, implica una conversión. La respuesta a la vocación es conversión y conversión a través de la iniciación cristiana, que es un proceso. Por otra parte, cuando Dios llama a una vocación particular, exige una peculiar forma de conversión. En el matrimonio se da una particular forma de conversión. En la vida consagrada se da una particular forma de conversión. Y en el sacerdocio se da también una particular forma de conversión, que no se ponen como alternativo a la conversión bautismal, sino que son un perfeccionamiento peculiar de la conversión que exige la vocación a ser hijos de Dios, a ser hermanos en Jesús. Por lo tanto, la perspectiva cristiana de fraternidad se entiende solo desde la perspectiva del Don de Dios, de la redención de Cristo y de la vocación como llamada de Dios a abrazar esta salvación en Jesucristo, que exige también de nosotros entrar en un proceso, vivir la vida en un estado de conversión.

Por lo tanto, la fraternidad cristiana es un don y un trabajo, un empeño, porque nos exige abrirnos al don de Dios y nos pide como respuesta a ese don de Dios, en el amor y la filiación, estar constantemente cooperando con Dios en sojuzgar las raíces de pecado que todavía habitan en nuestra alma y que nos tienden a arrastrar, a anegar, esa fraternidad, a vivir de un modo egoísta contrario a esa fraternidad, a no descubrir en el otro el rostro del hermano. Lo explica muy bien Jesucristo en la parábola del hijo pródigo. La hemos llamado del hijo pródigo y cada vez nos damos más cuenta que, como no entendamos la figura del padre bueno y la terquedad del hermano que se queda en casa, al que también el padre tiene que llamar a la conversión, no entenderíamos nada de la parábola. Nos quedaríamos con el chasis de la parábola. En la parábola es muy importante lo que le pasa al hijo pródigo, que se acuerda de que su padre es bueno, y en la bondad de su padre encuentra fuerzas para levantarse de la postración a la que le ha llevado su egoísmo y su dar la espalda al padre, para quedarse con los bienes del padre sin el padre.

Por eso dice Jesús que se fue a un país muy lejano, porque el problema del pródigo no es tanto que se quede con una parte de la herencia, sino que la quiera disfrutar muy lejos del padre. Eso es querer ser hijo sin el padre y eso es imposible, ser heredero sin el que te entrega la herencia es imposible. Se dará cuenta de que ha hecho una tontería resupina y trata de volver, pero ya no se considera digno de ser hijo. Le diré a mi padre *ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, trátame como uno de tus criados*. El padre dirá, bueno, yo hago lo que de la gana, que para eso soy padre. Y el otro hermano tampoco se entera de nada. *Yo estoy aquí todos los días sirviéndote y no me has dado ni un corderito*. No te enteras de nada. *Estás todos los días conmigo y no sabes que todo lo mío es tuyo*. Pues no, no se había enterado.

Y por lo tanto, ni vivía la filiación ni la podía vivir. Y porque no vivía la filiación, no podía vivir la fraternidad. *Quién es ese hijo tuyo que se ha gastado y le has dado el ternero cebado*. No se enteraba de nada. Pero, *¿no ves que te tenías que alegrar porque este hermano tuyo estaba perdido y lo hemos encontrado, estaba muerto y ha vuelto a la vida?* No se enteraba de nada. Porque no vivía la filiación, no podía entender la relación de fraternidad. Y el padre bueno pone todo su esfuerzo a través del amor misericordioso, que es el devolver a cada uno de sus hijos la verdadera condición de hijos, que le reconozcan verdaderamente como padre, que vivan verdaderamente como hijos suyos, y por lo tanto que puedan restaurar entre ellos los vínculos de la fraternidad. Esta esta es la fraternidad cristiana.

¿Qué tiene esto que ver con la Eucaristía? Vosotros que ya sabéis mucho de Eucaristía, ya estaréis imaginando todo lo que os voy a decir ahora. Tiene que ver todo. Vocación, respuesta de conversión; pues todo eso es lo que se vive en la Eucaristía; en la Eucaristía, que es en sus formas: banquete, sacrificio, celebración, pero la Eucaristía es sobre todo memorial del Señor. ¿Qué quiere decir memorial del Señor? Si nos fijamos en su estructura externa, vemos en ella la estructura de un sacrificio o la de un banquete de comunión o de una celebración religiosa, pero lo importante es que nos demos cuenta que ahí se hace presente bajo esas formas el obrar de Dios. Dios obrando, y el obrar de Dios, es un obrar eterno y por eso, a través de esas formas externas de celebración, banquete y sacrificio, lo importante es que nosotros estamos participando como algo actual en nuestra vida, aquí y ahora, en el obrar salvífico de Dios, en la redención de Dios. Y estamos pudiendo ser beneficiados con ese don de Dios.

Estamos siendo colmados por el don de Dios. Es decir, todo lo que hizo Jesucristo para salvar al mundo es para salvar a cada uno y por eso, porque se prolonga en el tiempo y en la historia la consumación de la obra de Dios, en la celebración sacramental. Ya nos lo decía ayer don Juan Alberto (Delegado de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías; Arzobispado de Toledo), estamos viviendo el perenne presente de Dios. Lo pasado se hace presente.

Toda la historia de salvación. Lo futuro, la consumación de la obra de Dios se adelanta, se nos prepara para vivirlo.

Oh, sagrado banquete en que Cristo es nuestra comida. Se celebra el memorial de su pasión. El alma se llena de gracia y se nos da en prenda la gloria futura. Pasado, presente, futuro de todo eso, vivido aquí, ahora, hoy, hecho don, participación. Y por lo tanto es el memorial del Señor, es la actualización de esa obra redentora de Dios. Decía el papa Benedicto XVI: *en la Eucaristía se produce como una "fusión nuclear" de orden espiritual.*

Si en el orden natural el proceso que descarga la energía más grande es esa fusión nuclear; en la Eucaristía, por lo que la Teología ha podido descubrir, es donde se despliega la energía del amor misericordioso de Dios con más fuerza, aquí y ahora. Es como una bomba de amor misericordioso de Dios que tiene dentro de si todo lo que Dios ha hecho para salvar a los hombres desde la caída de Adán y Eva y todo lo que hará hasta que el Señor vuelva en su gloria.

La Eucaristía se convierte en el centro del año litúrgico. Cuando celebramos el año cristiano, que es hacer presente todo el misterio de la salvación desplegado en la historia a lo largo de un año natural, lo hacemos celebrando la Eucaristía y la Liturgia de las Horas. Pero vamos a ver la ordenación general de la Liturgia de las Horas, y se dice, que es prolongar la Eucaristía, de una Eucaristía a otra, bajo la forma de la alabanza y, cuando en la historia de la Iglesia y de su espiritualidad se introduce la adoración eucarística fuera de la Misa, se dice en los textos: la adoración eucarística fuera de la Misa es como prolongar la Eucaristía bajo la forma de adoración. Tenemos la Eucaristía en la que está todo y para ayudarnos a vivirla continuamente hay dos formas de prolongarla con esa realidad infinita que contiene: una mediante la alabanza en la Liturgia de las Horas, y otra con la adoración, en el culto eucarístico fuera de la Misa. Pero ahí está toda la fuerza que Dios pone para transformar el mundo. Ahí está el memorial del Señor. *Haced esto en memoria mía.*

Memorial quiere decir eso: presencia permanente, operante, viva, hasta la consumación de los tiempos. Cristo ofrecido y comido. La imagen de la vid y de los sarmientos en la Eucaristía, Cristo se nos da como alimento. *Tomad y comed. Tomad y bebed.* Él mismo se da como alimento. *Mi Carne es verdadera comida, mi Sangre es verdadera bebida.* Y ¿por qué? Para convertirnos en lo que comemos. Para que podamos decir con el Apóstol: *Vivo yo, pero ya no soy yo, que es Cristo que vive en mí.* Eso se vive al celebrar la Eucaristía, que es un proceso que se inicia ahí, se consume al recibir sacramentalmente la comunión con las debidas disposiciones y se va interiorizando a través de esas formas de la vida cristiana, mediante el conjunto de la vida cristiana, que es como la digestión de este alimento.

Por eso es claro, que gracias a la Eucaristía se desarrolla de forma normal, habitual, ordinaria, ese proceso de incorporación de nuestra vida cristiana. *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos.* Por la Eucaristía, nosotros nos insertamos en Cristo, nos convertimos en piedras vivas de ese templo elevado a Dios que es la humanidad de Cristo glorificado. Y de esa manera, Cristo se manifiesta en nosotros, dándonos vida y haciéndonos producir los frutos de la vida de Dios en nosotros. Todo eso brota de lo que los sacramentos han realizado, los de la iniciación cristiana. El bautismo en el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo. La crismación para capacitarnos para el culto del nuevo testamento y la Eucaristía como realización de ese culto y nutrición constante de la vida divina que hemos recibido en el bautismo a través de recibir y asimilarnos con el Cordero de Dios. De tal manera que a través de la Eucaristía nos cristificamos en el Cuerpo y en el Alma.

Los primeros cristianos, ahí vemos a Ireneo de Lyon, que frente a los nósticos, que eran unos personajes muy listos (nos dejarían a nosotros con la boca abierta), pues eran filósofos, todo el día estudiando, pero eran espiritualistas, despreciaban lo material; pero, además, se les había subido su

ciencia a la cabeza y pensaban que las cosas materiales eran de los ignorantes, y pensaban que toda purificación consistía en salirse del cuerpo, espiritualizarse.

Perdonen, pero esto les pasa también mucho a los hermanos del lejano Oriente, del budismo e hinduismo, que buscan liberarse de cuerpo, porque creen que las pasiones están solo en el cuerpo. No entienden la relación íntima del cuerpo y el alma. Frente a esto decía San Ireneo: Cuando yo como el Cuerpo de Cristo y bebo la Sangre de Cristo, siembro en mi carne mortal la semilla de la carne inmortal de Cristo resucitado. Y luego dirá San Agustín: cuando comemos el alimento ordinario, que es de naturaleza menor que la naturaleza humana, convertimos ese alimento en nuestra propia sustancia. Es decir, yo me como un pollo y no me vuelvo pollo, sino que hago, de alguna manera que el pollo se vuelva humano. La energía vital del pollo se convierte en energía vital humana. Pero cuando como el Cuerpo de Cristo y bebo la Sangre de Cristo, Él es más fuerte que yo, por lo tanto, no pasa lo que pasa con el pollo, pasa lo contrario, como el Cuerpo de Cristo y me convierto en Cuerpo de Cristo. Y eso es lo que explicaba San Ireneo cuando decía que, al comer la Eucaristía, sembrábamos en nuestra carne mortal la carne inmortal y resucitada de Cristo. Y Santo Tomás, comentando lo de San Agustín, lo interpreta también eucarísticamente y vuelve a insistir también en esto. Y hay muchas oraciones de poscomunión en el misal romano que dicen esto: pedimos a Dios que nos convirtamos en lo que hemos comido. Que la vida de Dios se manifieste en nosotros, que nos haga partícipes de la naturaleza divina. Ahora, que vamos a llegar al día de Navidad, las oraciones de las misas son preciosas en ese sentido, porque miran a la Encarnación y están diciendo que el que se ha hecho hombre, asumiendo nuestra naturaleza sin perder la suya, nos haga a nosotros partícipes de su naturaleza sin perder la nuestra.

¿Y todo este misterio a dónde va? Muestra que a través de la Eucaristía y con el desarrollo de la energía que produce la Eucaristía en nosotros, llegamos a ser en verdad hijos de Dios. Como dice San Juan, *ya somos hijos de Dios. Aún no se ha manifestado lo que llegaremos a ser. Pero sabemos que seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es.*

Los hermanos cristianos de Oriente, en las oraciones de la liturgia bizantina, hablan habitualmente de divinización del ser humano. El Verbo se hace carne para que nosotros nos hagamos divinos. Las pistas de esto nos la da la naturaleza resucitada de Cristo, pero muchos más detalles no tenemos. Lo que, en el capítulo XV de la primera Corintios, explica San Pablo sobre la resurrección y lo que vemos en la humanidad resucitada de Cristo en los Evangelios, que narran las apariciones del resucitado. Ahí tenemos una pista de lo que seremos, de lo que Dios nos va a dar para que se manifieste que somos sus hijos. Pero, en la medida que todo este proceso eucarístico se hace realidad y somos en verdad hijos de Dios, en esa misma medida es cuando queda claro que nosotros somos hermanos y estamos capacitados por el Don de Dios de la filiación para tratarnos verdaderamente como tales hermanos.

¿Y qué es ser verdaderamente hermano? En la fraternidad natural, es compartir un origen, un padre y una madre. Y decimos hermanos de padre o de madre cuando no son compartidas las dos fuentes, pero al menos se comparte una, se considera que es una fraternidad; o sea que es un origen compartido lo que da origen a la fraternidad. Como cristianos, que tenemos lo que hemos recibido de Dios, lo compartimos todo, porque todo lo hemos recibido del Señor, en cuanto a esas transformaciones de nuestro ser, nuestra redención, nuestra santificación, nuestra filiación divina, y ahora somos verdaderamente hermanos entre nosotros. El compartir un origen aproxima, ya no puedo ver al otro como alguien distinto a mí, lo que haga el otro repercutirá en mí, el bien del otro es mi bien, no puedo ver el bien del otro separado de mi bien, cuando vea al otro bien, yo me siento bien. Por el contrario, cuando yo lo veo mal, me siento mal, y busco curarle curándome. Ésta es la fraternidad, y la Eucaristía es la que nos sitúa en esa tesitura y nos da luz para entenderlo así. En la celebración de cada Eucaristía,

vemos que éste es el objetivo que persigue Dios, hacernos un solo cuerpo en su Hijo Jesucristo y hacernos plenamente hermanos entre nosotros.

Empezamos toda Eucaristía por una convocatoria. Antes sonaban las campanas de las iglesias y se decía la voz de Dios que nos llama. Como los granos de trigo están dispersos por los campos y, al traerlos al molino y molerlos, se hace una sola harina y luego se hace un solo pan, los que eran muchos, ahora, son una sola cosa. Así los cristianos somos convocados a la Eucaristía y, en el molino del Amor de Dios, somos hechos un pan para Dios.

La convocatoria es una llamada a la unidad, a la comunión, y esto ¿cómo empieza? Con la liturgia de la palabra. Dios nos habla, pero Dios cuando habla verdaderamente se da. El lenguaje entre los seres humanos nació para comunicarnos, pero a veces hemos deteriorado mucho lo que es la comunicación, como cuando hoy oye uno noticias: Hoy se han reunido las Cortes, niños tapanos los oídos, porque sale uno a la tribuna a echar maldiciones sobre los otros y los otros haciéndoles señas; eso no es la comunicación humana, eso es la degradación de la comunicación; vamos a la carretera, cogemos el coche, empiezan unos pitidos, se oyen unos gritos y, como se paren, acaban a tortas; eso no es la comunicación humana, eso es la degradación de la comunicación.

La comunicación humana es para que yo me pueda hacer entender, para que yo pueda decir lo que siento, en una palabra, lo que soy. Y cuando el Verbo se hace carne, la comunicación entre las divinas personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que es una perfectísima comunicación de amor, que hace de tres uno, entra en la tierra. Cuando el Verbo se hizo carne, decían, nadie ha hablado así, decían que habla con autoridad. No sabían cómo definirlo, pero es que Él habla como habla Dios, como hablan entre sí las divinas personas. Cristo se daba hablando. Cristo, hablando, daba al Padre y al Espíritu Santo, porque van siempre juntos. Y claro, la gente recibía a Dios al oír la palabra. Era una experiencia nueva, no lo habían vivido ninguno de ellos hasta entonces. No hablan así los maestros, pero Cristo habla de esa manera y vino a enseñarnos a hablar de esa manera y a capacitarnos a hablar de esa manera. Por eso a sus Apóstoles los mandó a predicar, a comunicar lo que Él les había enseñado, pero para eso les dio el Espíritu Santo, y para eso los alimentó con su Cuerpo y con su Sangre, y para eso les dejó su palabra. Y ahora ellos comenzaban a predicar.

Se produce la comunicación de la palabra cuando ésta se proclama, cuando se predica con docilidad de corazón la palabra de Dios, no contando las propias ideas, o las propias ideologías, sino predicando el Evangelio de Cristo. Cuando anuncia, la Iglesia de Cristo reproduce aquel fenómeno extraordinario en el que Cristo hablaba y se daba, y escuchamos la palabra de Dios y recibimos este misterio.

Tiene también un papel, la homilía. Porque la homilía está para hacernos descubrir que esa comunicación de Dios a través de su palabra no se queda solo en palabras, se hace sacramento. Y ¿qué quiere decir esto? Es un paso más porque Cristo, cuando hacía milagros, alguna vez, raramente, los hacía solo de palabra, “venga, vete, que tu hijo ya está curado”. Pero lo raro era eso. Lo normal era que tocaba, al leproso, al muerto de la viuda de Naín, siendo esto escandaloso para los judíos, tocar un muerto, tocar un leproso. Al ciego le hace barro y se lo unta en los ojos, tocándose los; al otro le abre los oídos metiéndole los dedos con saliva en las orejas; al otro que era mudo le pone saliva en los labios. Pero, para qué, pues sencillamente para demostrarnos que la Palabra se ha hecho Carne porque nosotros somos de carne, no solo de espíritu; y, entonces, la palabra de Cristo no solo es comunicación verbal. A la palabra se une el gesto, íntimamente unidos entre sí, a través de los cuales Dios se da a nosotros, santificándonos, redimiéndonos y abriéndonos al conocimiento de la verdad. ¡Quién da más! La homilía tiene por objeto hacer que, esto que habéis escuchado, no solo lo escuchéis: os va a abrazar, os va a tocar, os va a amasar y a remodelar de nuevo, como Dios hizo de barro de la tierra a Adán y luego le dio vida con su aliento vital. Nuevamente el aliento y el tocar se dan juntos. Dios lo recrea, la Palabra se hace Carne y viene a nosotros así, porque al hombre entero,

cuerpo y alma, lo quiere recrear, como Él, y purificar hasta lo más hondo. Ya dirán los padres de la Iglesia: lo que asumió, lo redimió y pobre del que diga que, alguna parte de lo que es el ser humano, Dios, que es tan purísimo y tan santo, no lo ha podido asumir, porque eso se ha quedado sin redimir, si fuera verdad. Pero no es verdad: asumió al hombre entero y lo redime entero. Y en la Eucaristía, como en cada sacramento, pero singularmente en la Eucaristía, esto se verifica y, por eso, después de la liturgia de la palabra está la homilía, para abrirnos las entrañas a recibir la acción de Dios a través del sacramento y, cuando vamos a comulgar, esto llega a su culmen, pero ha pasado por esa transformación del pan y el vino en esa corporalidad de Cristo. Por eso *haced esto en memoria mía, tomad y comed, tomad y bebed*.

Y cuando comemos ese pan y bebemos esa sangre, la palabra que se nos ha dado se nos mete en el cuerpo y transforma así cuerpo y alma del que se deja ser transformado. Por eso es tan importante el ejemplo de la Virgen María, por eso es tan bella la homilía de San Bernardo comentando la anunciación del Ángel donde le dice a la Virgen: *venga, venga, date prisa, responde, di que sí ya, que tu modestia, que tu humildad no frenen; di que sí porque estamos todos esperando, Madre Bendita*.

Y en la comunión, nosotros a la palabra le decimos, puedes hacerte carne en nosotros, y la palabra y el espíritu, a través del sacramento, realizan el milagro en nosotros. Nosotros no podemos ser Madre de Dios, en el sentido de engendrar en nuestro seno al Verbo de Dios, eso pasó una vez para siempre. Pero sí que podemos ser transformados en hijos de por participación en ese que se encarnó en la Virgen; y el proceso es el mismo, la docilidad, la escucha, la aceptación de la obra de Dios en nosotros, ¡He aquí el esclavo, la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra! Y eso hace que la sombra del Altísimo nos cubra y se realice en nosotros Cristo. Nuevamente volvemos al Apóstol Pablo: *Vivo yo, pero ya no soy yo, que es Cristo que vive en mí*.

Pero todo esto ¿para qué? Para que seamos hijos, para que seamos hermanos, una sola cosa en el amor. Y esto ¿para qué? Para la vida del mundo; porque la Eucaristía acaba diciendo: “ite missa est”. Que no quiere decir: podéis marcharos que esto se acabó. ¡No! Como dice el catecismo, significa: “id, el envío ha sido hecho”. Misa, misus, misionero. Todos estos términos tienen la misma raíz. Lo que pasa es que se le llamó a toda la celebración “envío”. Cuando decimos “la misa”, estamos diciendo “el envío”. Y es que se dijo el todo por la parte o, si queremos, el todo por la finalidad.

El Señor va a venir a ti para transformarte, pero también para que tú prolongues su acción por el mundo. La Eucaristía es el fundamento de la naturaleza de la Iglesia, que es misionera, que es redentora, salvadora, cuidadora.

Ahora se entiende: Fraternidad para la salvación, para la salud del mundo, para curar al mundo; y se le cura a través del amor cristiano y de la palabra de la verdad. Anunciad el Evangelio y realizad las obras de misericordia. Ésa es la misión de la Iglesia. Como el Padre envió a Cristo, ahora Él nos envía al mundo, y para esto se tomó la molestia de hablaros con palabras que dan la vida, y para esto se molestó en hacerse carne en nuestra propia carne, dándose como alimento para nosotros, para engendrar en nosotros una vida nueva, para insertarnos en su propia realidad humana, que ha asumido para poder transmitir a la humanidad la vida eterna. ue el verdor de la vida eterna y los frutos sobreabundantes de los tesoros del amor de Dios lleguen a todos los que quieran comer de ella.

Venid, gustad y ved qué bueno es el Señor.

Llegamos a la conclusión: ¿Por qué he contado todo esto? Para que se comprenda el lema del Congreso Eucarístico de Ecuador, de Quito. Es fraternidad en la Eucaristía. Fraternidad para sanar al mundo. Porque, evidentemente, esta fraternidad no es una fraternidad cualquiera, no es un concepto abstracto. Es esta realidad que ha traído Jesucristo Redentor y que, a través de la palabra y de los sacramentos, llega a nosotros para realmente hacernos experimentar lo que es ser hijos y lo que es ser

hermanos. Y poder, desde esa condición de verdaderos hijos y hermanos, todos juntos obrar la salvación de Dios para el mundo entero.

Entregarnos verdaderamente al mundo y, entonces, se nos quitan todos los miedos, porque qué puedo hacer yo para arreglar este mundo. Menudo cacao, yo, aquí pequeñito y, además, con mis defectos y mis pecados. Pero si yo comprendo que todo esto es un aceptar y acoger el don de Dios, me dirá San Bernardo lo que le decía a la Virgen, espábilate, que estamos todos esperándote, porque, evidentemente, ninguno somos indispensables, pero todos somos insustituibles, y Dios cuenta y espera con la participación, con la colaboración de cada uno de nosotros.

Muchas gracias.